

Fernando Latre, Migraciones de la Diócesis de Segorbe-Castellón

«Las Parroquias se deben abrir para que los inmigrantes se sientan como en casa»

Guillermo Juan Porcar*

Fernando Latre David (Valencia, 1946) es, desde febrero de 2009, el director del Secretariado de Migraciones de la diócesis de Segorbe-Castellón. Licenciado en Químicas, ha dedicado casi toda su vida a la docencia en diversos institutos de Bachillerato de Castellón y Valencia, y es autor de diversos textos para la enseñanza de la Física y Química. Ha sido colaborador en diversas parroquias, es voluntario de Pastoral Penitenciaria y durante toda su vida ha tenido una especial sensibilidad para el fenómeno de las migraciones y ha viajado por ocho países iberoamericanos.

—Muchas veces se presenta la inmigración como un problema, una amenaza. ¿Desde qué perspectiva se contempla en la Delegación de Migración?

—Las migraciones no constituyen ningún problema ni amenaza. Los emigrantes ni nos quitan el trabajo ni son delincuentes. Es un fenómeno tan antiguo como la historia de la humanidad. La aparición, evolución y difusión de las civilizaciones, imperios, culturas y religiones, no habría sido posible sin las migraciones. Numéricamente comienzan a tener mucha importancia en el primer tercio del siglo XIX. Desde 1815 a 1940 emigraron 70 millones de europeos (sobre todo ingleses, escoceses, irlandeses e italianos) a América, Australia y Nueva Zelanda. Emigraron, sobre todo, agricultores y artesanos, motivados por la explosión demográfica, el desarrollo científico, técnico, industrial y financiero, la revolución de la



industria naval. Hoy es un asunto prioritario de los gobiernos, partidos políticos, organismos internacionales y medios de comunicación. Los emigrantes constituyen una inyección de juventud para Europa y una riqueza económica y cultural para los países de acogida y una fuente de ingreso para los países

de salida. En 2007 se transfirieron 350.000 millones de dólares a los países de salida.

—¿Cuántas personas migrantes hay en estos momentos en el mundo?

—En la actualidad hay 200 millones de emigrantes en el mundo. El 3 por ciento de la población. En España hemos pasado de 550.000 emigrantes en 1996 a 5,5 millones en 2009. En Castellón, con una población de 602.301 habitantes, 491.080 son autóctonos y 111.221 emigrantes.

—¿Qué valores debemos cultivar como cristianos ante los inmigrantes?

*Con ayuda de Emilio Navarro Ajilega, Emilio Contreras, M^a Fernanda Día, Vicent, Paulo Gómez, Anna Arayo, Tere Monfort, Julià Saez.

—El valor de la solidaridad-fraternidad. Todos somos hijos de Dios, por lo que debemos un respeto a la dignidad de la persona humana. Otros valores son los de la acogida y el compartir, que son una ocasión para poner en práctica la catolicidad de nuestra religión.

—¿Cómo afecta la actual situación de crisis a la percepción que nuestra sociedad tiene del fenómeno migratorio?

—Ante la crisis, los que más sufren son los emigrantes. En situaciones de crisis, la sociedad ve como una amenaza la inmigración masiva, ya que está poco dispuesta a compartir el bienestar alcanzado. Tiene miedo a la competencia en los puestos de trabajo, al deterioro del ambiente en el que siempre se ha vivido, a la «extranjización» de la calle y a la pérdida de la identidad cultural nacional. Todo esto se traduce en agresividad, rechazo y odio al extranjero, originando brotes de xenofobia y racismo.

—¿Qué experiencias hay en la Diócesis de acogida y acompañamiento de los cristianos inmigrantes?

—Hay pocas experiencias de acogida y acompañamiento organizadas por la Diócesis. Trabaja Caritas, mucho y muy bien. Son los propios grupos de emigrantes los que acogen, acompañan, comparten y son solidarios. Esto debería constituir un reto para nuestras parroquias y para la Diócesis.

—¿Qué proyectos tiene como responsable de la Delegación de Migraciones?



—Hay que considerar que mi nombramiento es pastoral, no asistencial. Éste último cometido corresponde a Cáritas. El objetivo y el cometido del Secretariado de Migraciones es sensibilizar a la opinión pública, en general, y a la comunidad cristiana, en particular, sobre las actitudes humanas y cristianas ante los emigrantes: velar por su acogida, acompañamiento e integración, que se respete su dignidad humana, atención y colaboración para la resolución de sus problemas y prestar atención a las circunstancias y necesidades que se deriven de la pertenencia a una etnia y cultura diferente y sus peculiaridades propias.

—A nivel laboral ¿qué está ocurriendo con los inmigrantes en la Diócesis? ¿Qué problemas de entre los que padecen los inmigrantes en nuestra Diócesis percibe como más graves?

—A nivel laboral, en tiempos de crisis, es mayor el porcentaje de paro en el colectivo de emigrantes que en los autóctonos. El trabajo de las mujeres emigrantes es, en muchas ocasiones, la única fuente de ingresos de la familia. Las mujeres continúan defendiéndose como empleadas del hogar o cuidando enfermos, pero sufren la crisis y se ven obligadas a trabajar con menores salarios. Lo mismo ocurre en la hostelería. El trabajo de la mujer emigrante fuera de casa, con el marido en paro en casa, ocasiona más y nuevos problemas. Conflictos y explotación por parte del marido y de los hijos. También aumenta el número de trabajadores emigrantes que son explotados por empresarios desaprensivos. Los emigrantes se han dedicado a trabajar en la industria cerámica, la construcción, turismo, jardinería, hostele-

ría, pesca y agricultura, pequeños comercios de alimentación de frutas y verduras, autónomos, etc.

—¿Qué ciudades de la Diócesis tienen más volumen de inmigrantes y cuáles demandan una mayor atención para el Secretariado de Migraciones?

—El 18,5 por ciento de la población de Castellón es emigrante. Es en la capital donde más se encuentran, con 38.000. Luego está Vila-Real, con 7.800; Burriana con 6.600 y Benicarló, con 6.300, seguida muy de cerca por Vinarós (5.500), Oropesa (5.400), Onda (4.700) y Almazora (4.600). En poblaciones como Benicasim, La Vall, Peñíscola, Alcalá de Xivert, Nules, Torreblanca o Alcora, las cifras van de casi 4.000 a poco más de 1.000. Evidentemente son las grandes poblaciones las que necesitan mayor atención. También podríamos hablar de la costa y los inmigrantes europeos, pero éstos tienen a sus necesidades cubiertas.

—¿Está colaborando la Delegación con otras asociaciones eclesíásticas en el acompañamiento y acogida de los inmigrantes?

—La Delegación no está colaborando con ninguna asociación eclesíástica en la acogida y acompañamiento de emigrantes. Sólo en casos puntuales. Todavía soy muy nuevo y estoy aterrizando, revisando documentos, poniéndome en contacto con gente... Lo cierto es que no hay organismo público ni privado que haya hecho más por los inmigrantes que la Iglesia, desde los tiempos de León XIII. En la actualidad los sacerdotes, los religiosos y los laicos no estamos suficientemente preparados para afrontar el fenómeno migratorio, que irá a más con el tiem-

«En situaciones de crisis, la sociedad ve como una amenaza la inmigración masiva, ya que está poco dispuesta a compartir el bienestar alcanzado»



po. Las Parroquias desgraciadamente no están abiertas, por lo general, a los migrantes, no hay un lugar de acogida y de acompañamiento, no hay agentes de pastoral de migraciones. Todo esto no es una crítica destructiva, sino la constatación de lo que nos queda por hacer, a pesar del gran esfuerzo que la Conferencia Episcopal ha hecho, sobre todo, en la elaboración de los documentos. Sin embargo, sigue habiendo reacciones xenófobas en las parroquias, por simple desconocimiento.

—¿Le preocupa especialmente algún colectivo de inmigrantes en particular?

—A lo mejor no llegamos a tiempo con los migrantes de la primera generación, pero debemos tener en cuenta a la segunda generación, a los que ya han nacido y han sido bautizados aquí. También están esos muchachos que vienen solos, que se han hecho hombres antes de hora, que a lo mejor no tienen papeles y que se les considera ilegales, cuando ninguna persona puede ser ilegal. Por no hablar de las mujeres migrantes, que ahora, con sus maridos en paro, han encontrado trabajo para poder sacar a la familia adelante y en ocasiones ni sus maridos ni sus hijos las apoyan ni las entienden.

—¿Cuál está siendo la respuesta eclesial a esta situación?

—La respuesta eclesial, a nivel parroquial, es escasa. La respuesta de los cristianos es poco comprometida. No estamos formados para acoger y acompañar. La respuesta de Cáritas es muy importante. Nuestro reto es seguir el Evangelio. Hay dos o tres experiencias que apuntan en la buena dirección. Hay un sacerdote de Vila-Real que celebra en una parroquia de Castellón una misa en inglés para nigerianos los domingos a las dos de la tarde. También hay un sacerdote polaco que todos los primeros domingos de cada mes celebra, también en Castellón, una misa para polacos, en la Iglesia de Santo Tomás. Lo ideal sería que migrantes y autóctonos celebraran juntos, aprendieran unos de otros, se conocieran y se intercomunicaran. Más en esa línea se encuentra la experiencia de la Sagrada Familia, de Castellón, donde una religiosa anima una misa a la que acuden sudamericanos, la mayoría colombianos, en un horario normal, con su liturgia y sus tradiciones culturales. Aquí los católicos autóctonos tenemos mucho que aprender de cómo celebran su fe. Pero, insisto, lo suyo es que los migrantes participen de la vida pastoral de la comunidad como uno más, que las Parroquias se abran a los migrantes para que se sientan como en su propia casa, que entren en los Consejos Pastorales, que den catequesis, que colaboren con la Pastoral Familiar, de Enfermos y Obrera...

—¿Qué retos tiene la Iglesia hoy día ante este fenómeno?

—En multitud de textos del Antiguo Testamento se pide para el emigrante y el extranjero un trato digno, porque junto con las viudas y huérfanos constituyen la trilogía de los marginados. Israel sufrió en su propia carne la experiencia de emigración y esclavitud: «Emigrantes fuisteis vosotros en Egipto». En las normas de conducta se prohíbe oprimir, explotar, atropellar o defraudar. Pero no sólo condena actitudes negativas, también promueve actitudes positivas: amarás al emigrante como a ti mismo; cuando siegues no olvides al emigrante, ni a la viuda ni al huérfano; en los repartos de los diezmos, deja que coman hasta hartarse; esta es la tierra que os repartiréis en heredad, incluyendo a los emigrantes; no entregues a su amo al esclavo que acude a ti, huyendo de él. Se quedará contigo, entre los tuyos, en el lugar que escoja, donde le parezca bien.

—¿Qué podemos aprender los cristianos de los textos evangélicos en relación con el inmigrante?

—Jesús anuncia el Evangelio a todos, sin exclusión. Es el universalismo de la salvación. Rompe el muro de división entre los pueblos. El cristiano considera a todo hombre como su prójimo. No nos preguntamos a quién hay que amar. En Pentecostés, el Espíritu Santo desciende para todos; diversidad de lenguas para diversidad de etnias. Los apóstoles se dedican a la expansión misionera, a la evangelización de los gentiles. Nos recuerdan: no olvidéis la hospitalidad, gracias a ella algunos hospedaron ángeles; ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer. Todos somos uno en Cristo. Hay que acoger a los inmigrantes: todos somos extranjeros e hijos de extranjeros; el amor de Dios es universal; Cristo se despojó de su categoría de Dios y plantó su tienda entre nosotros, compartiendo nuestra condición de extranjeros. ■